

za y cuernos enteros, como los arrojan á la mar, por no pelarlos. Es el tiburón un pece largo y gordo, y alguno de ocho palmos de cinta y de doce piés en luengo. Muchos dellos tienen dos órdenes de dientes, una junto á otra, que parecen sierra ó almenas; la boca es á proporción del cuerpo, el buche disforme de grande. Tiene el cuero como tolo. El macho tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no mas de uno, la cual pare de una vez veinte y treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete á una vaca y á un caballo cuando paca ó bebe orillas de los rios, y se come un hombre, como quiso hacer uno al calachuni de Acuzamil, que le cortó los dedos de un pié cuando no lo pudo llevar entero, como le socorrieron. Es tan goloso, que se va tras una nao, por comer lo que della echan y cae, quinientas y aun mil leguas; y es tan ligero, que anda mas que ella aunque lleve mas próspero tiempo, y dicen que tres tanto mas, porque al mayor correr de la nave le da él dos y tres vueltas al rededor, y tan somero, que se parece y ve cómo lo anda. No es muy bueno de comer por ser duro y desabrido, aunque bastese mucho un navío hecho tasajos en sal ó al aire. Cuentan aquellos de la armada de Cortés que comieron del tocino que sacaron al tiburón del cuerpo, que sabía mejor que lo otro, y que muchos conocieron sus raciones por las ataduras y cuerdas.

Que la mar crece mucho en Campeche, no creciendo por allí cerca.

Con el buen tiempo que hizo luego se partió de allí la flota en busca del navío perdido, y hacia Cortés entrar con los bergantines y barcas de naos en los rios y calas á lo buscar, y aun estando en par de Campeche surtos los navíos en la playa, atendiendo los bergantines y barcos que andaban entre ciertas caletas á descubrir el que faltaba, áína se quedarán en seco, aunque estaban casi una legua dentro en mar: tanta es la menguante y creciente que hace allí. No crece sino allí la mar, del Labrador á Paria; nadie sabe la causa dello, aunque dan muchas, pero ninguna satisface; y dicen que si no fuera por esto, que saltaran en tierra á vengar á Francisco Hernandez de Córdoba del daño que allí recibió. Navegando pues apegados siempre á tierra, emparejaron con una gran cala que agora llaman Puerto-Escondido, en la cual se hacen algunas isletas, y en una dellas estaba el navío que buscaban. Cortés y todos holgaron infinito de hallarle sano, y á toda la gente salva y buena, y otro tanto hicieron ellos por ser hallados; ca tenían temor de sí por estar solos y no bien proveidos, y que la flota no fuese perdida ó adelante pasada; y sin duda no se hubieran podido sufrir allí de hambre tanto tiempo, si no fuera por una lebreja; mas como ella los proveia, y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron el capitán, y aun con barto miedo no le hubiese acontecido alguna como á Grijalva ó á Francisco Hernandez de Córdoba. Como surgieron todos allí donde aquel navío estaba, y se holgaron unos con otros, como era razon, preguntados de qué tenían por las jarcias tantos pellejos de liebres y conejos y de venados, dijeron cómo luego que allí llegaron vieran andar por la costa un perro ladrando y escarvando de cara del navío, y que el capitán y otros salieron en tierra y halla-

ron una lebreja de buen talle que se vino para ellos. Hallágoles con la cola saltando de uno en otro con las manos, y luego fuése al monte que estaba cerca, y denda á poco volvió cargada de liebres y conejos. El otro día de adelante hizo lo mesmo, y así conocieron que había mucha caza por aquella tierra, y comenzaron á irse tras ella con no sé cuántas ballestas que venían en el navío, y diéronse tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habían mantenido de carne fresca los días que allí habían estado, aunque era cuaresma, pero que se habían también bastecido de cecina de venados y conejos para largos días, y en memoria de aquello pegaban por la jarcia las pellejas de los conejos y liebres, y tendían al sol los cueros de los ciervos para secarlos. No supieron si la lebreja fué de Córdoba ó de Grijalva.

Combate y toma de Potonchan.

No se detuvo allí la flota; antes se partió luego, y muy alegres todos en haber hallado los que tenían por perdidos, y sin parar, fueron hasta el río de Grijalva, que en aquella lengua se dice Tabasco. No entraron dentro, porque pareció ser la barra muy baja para los navíos mayores; y así, echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navíos y gente muchos indios, y algunos con armas y plumajes, que á lo que desde la mar parecía, eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalva entró por aquel mesmo río. A Cortés le pareció bien la manera de aquella gente y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navíos grandes, metió la demás gente española en los bergantines y batelés que venían por popa de las naos, y ciertas piezas de artillería, y entróse con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande. A poco mas de media legua que subían por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobes y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared y almenas y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron á ellos muchos barquillos, que allí llaman tahucup, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles los recibiesen bien, pues no venían á les hacer mal, sino á tomar agua dulce y á comprar de comer, como hombres que andando por la mar, tenían necesidad dello; por tanto, que se lo diesen, que ellos se lo pagarían muy cortesmente. Los de las barquillas dijeron que irían con aquel mensaje al pueblo y les traerían respuesta y comida. Fueron, tornaron luego y trajeron en cinco ó seis barquillos pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir que aquella era muy poca provision para la necesidad grande que traían y para tantas personas como venían en aquellos grandes bajeles, que ellos aun no habían visto, por estar cerrados, y que les rogaba mucho le trajesen harto, ó le consintiesen entrar en el pueblo á abastecerse. Los indios pidieron aquella noche de término para hacer lo uno ó lo otro de aquello que les rogaba, y con esto se fueron al lugar, y Cortés á una islica que el río hace, á esperar la

respuesta para otro día de mañana. Cada uno dellos pensó de engañar al otro; porque los indios tomaron aquel plazo para tener espacio de alzar aquella noche su ropilla, y poner en cobro sus hijos y mujeres por los montes y espesuras, y llamar gente á la defensa del pueblo; y Cortés mandó salir luego á la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aun se estaban en los navíos, y hizo ir el río arriba á buscar vado. Entrambas cosas se hicieron aquella noche, sin que los contrarios, ocupados en solo sus cosas, las sintiesen; porque todos los de las naos se vinieron á do Cortés estaba, y los que fueron á buscar vado anduvieron tanto la ribera arriba tentando las corrientes, que á menos de media legua hallaron por do pasar, aunque hasta la cinta, y aun también hallaron tanta espesura y tan cubiertos los montes por una y otra ribera, que pudieron llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos. Con estas nuevas señaló Cortés dos capitanes con cada cient y cincuenta españoles, que fueron Alonso de Avila y Pedro de Albarado, y envió esa mesma noche con guia á meterse en aquellos bosques que estaban entre el río y el lugar, por dos efectos; uno, porque los indios viesen que no había mas gente en la isleta que el día antes; y otro, para que oyendo la señal que concertó, diesen en el lugar por la otra parte de tierra. Como fué de día, luego vinieron con el sol hasta ocho barcas de indios armados mas que primero, á do los nuestros estaban. Trajeron alguna poca comida, y dijeron que no podían haber mas, como los vecinos del pueblo habían echado á huir, de miedo dellos y de sus disformes navíos; por tanto, que les rogaban mucho tomasen aquello y se tornasen á la mar, y no curasen de desasosegar la gente de la tierra ni alborotalla mas. A esto respondió la lengua, diciendo que era inhumanidad dejarlos perescer de hambre, y que si le escuchasen la razon por qué habían venido allí, que verían cuánto bien y provecho se les seguiría dello. Replicaron los indios que no querían consejo de gente que no conocían, ni menos acogerlos en sus casas, porque les parecían hombres terribles y mandones, y que si agua querían, que la cogiesen del río ó liciesen pozos en tierra; que así hacían ellos cuando menester la tenían. Entonces Cortés, viendo que eran por demás palabras, díjoles que en ninguna manera él podía dejar de entrar en el lugar y ver aquella tierra, para tomar y dar relacion della al mayor señor del mundo, que allí le enviaba; por eso, que lo tuviesen por bueno, pues él lo deseaba hacer por bien, y si no, que se encomendaria á su Dios y á sus manos y á las de sus compañeros. Los indios no decían mas de que se fuesen, y no curasen de bravear en tierra ajena, porque en ninguna manera le consentirían salir á ella ni entrar en su pueblo; antes le avisaban que si luego no se iba de allí, que le matarían á él y cuantos con él iban. No quiso Cortés no hacer con aquellos bárbaros todo cumplimiento, segun razon, y conforme á lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una y dos y muchas veces con la paz á los indios antes de hacerles guerra ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares; y así, les tornó á requerir con la paz y buena amistad, prometiéndoles buen tratamiento y libertad, y ofresciéndoles la

noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se ternían por bienaventurados después de sabidas, y que si todavía porfiaban en no le acoger ni admitir, que los aperecía y emplazaba para la tarde antes del sol puesto, porque pensaba, con ayuda de su Dios, dormir en el pueblo aquella noche, á pesar y daño de los moradores, que rehusaban su buena amistad y conversacion y la paz. Desto se rieron mucho, y mostrando se fueron al lugar á contar las soberbias y locuras que les parecía haber oído. En yéndose los indios, comieron los españoles, y denda á poco se armaron y se metieron en las barcas y bergantines, y aguardaron así á ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el sol y no venían, avisó Cortés á los españoles, que estaban puestos en celada, y él embrazó su ródela; y llamando á Dios y á Santiago y á san Pedro, su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serian obra de docientos, y en llegando á la cerca que tocaba en agua, y los bergantines en tierra, soltaron los tiros y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron á combatir la cerca y baluartes, y á pelear con los enemigos, que había rato que les tiraban saetas y varas y piedras con hondas y á manos, y que entonces, viendo cabe sí los enemigos, peleaban reciamente de las almenas á lanzadas, y flechando muy á menudo por las saeteras y traviesas del muro, en que hirieron cuasi veinte españoles; y aunque el humo y el fuego y trueno de los tiros los espantó, embarazó y derribó en el suelo, de temor en oír y ver cosa tan temerosa y por ellos jamás vista, no desampararon la cerca ni la defensa sino los muertos; antes resistían gentilmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaban por allí entrar si por detrás no fueran salteados. Mas como los trecientos españoles oyeron la artillería allá do estaban emboscados, que era la señal para acometer ellos también, arremetieron al pueblo; y como toda la gente dél estaba intenta y embebecida peleando con los que tenían delante, y les querían entrar por el río, halláronlo solo y sin resistencia por aquella parte que ellos habían de entrar, y entraron con grandes voces, hiriendo al que topaban. Entonces los del lugar conocieron su descuido, y quisieron socorrer aquel peligro; y así, alojaron por do Cortés estaba peleando. Con esto pudo entrar por allí él y los que á par dél combatían, sin otro peligro ni contradición; y así, unos por una parte y los otros por otra, llegaron á un tiempo á la plaza, yendo siempre peleando con los vecinos, de los cuales no quedó ninguno en el pueblo, sino los muertos y presos; que los otros desampararonlo, y fuéronse á meter al monte que cerca estaba, con las mujeres, que ya estaban allí. Los españoles escudriñaron las casas, y no hallaron sino maíz y gallipavos y algunas cosas de algodón, y poco rastro de oro, ca no estaban dentro mas de cuatrocientos hombres de guerra á defender el lugar. Derramóse mucha sangre de indios en la toma deste lugar, por pelear desnudos; heridos fueron muchos, y cativos quedaron pocos; no se contaron los muertos. Cortés se aposentó en el templo de los ídolos con todos los españoles, y cupieron muy á placer, porque tiene un patio y unas salas muy buenas y grandes. Durmieron allí aquella noche á

buena guarda, como en casa de enemigos; mas los indios no osaron nada. Desta manera se tomó Potonchan, que fué la primera ciudad que Fernando Cortés ganó por fuerza en lo que descubrió y conquistó.

Demandas y respuestas entre Cortés y los potonchanos.

Otro día de mañana hizo Cortés venir ante sí los indios heridos y presos, y mandóles por su faraute ir adonde estaba el señor con los demás vecinos del lugar, á decirles que del daño hecho, ellos se tenían la culpa, y no los cristianos, que les habían rogado con la paz tantas veces; y que si querían volverse á sus casas y pueblo, que lo podían hacer seguramente; que él les prometía por su Dios que no les sería hecho el menor enojo desta vida, sino todo placer y buen tratamiento; y al señor, que si no se confiaba de la palabra y fe que le daba, que le daría rehenes; porque deseaba mucho hablarle y conocerle, y informarse dél de algunas cosas que le mucho cumplían saber, y aun darle noticia de otras con que muy mucho se holgase y aprovechase; y que si no quería venir, que supiese por cierto que él lo iría á buscar, y á proveerse de bastimentos por sus dineros. Despidiólos con esto, y enviólos contentos y libres, que ellos no pensaban. Los indios fueron bien alegres, y dijeron á los otros sus vecinos lo que les fué mandado. Pero no vino hombre dellos; antes se juntaron para dar en los nuestros de sobresalto, creyendo tomarlos descuidados y encerrados, do les pudiesen pegar fuego, si de otra manera no pudiesen vengarse. Envió también sin estos indios á ciertos españoles por tres caminos que parecían, y que todos iban á dar, según después pareció, á las labranzas y maizales del pueblo; y así, los llevó el camino donde estaban muchos indios; con los cuales escaramuzaron, por traer alguno al capitán que lo examinase en el lugar, y ellos dijeron cómo todos los de aquella tierra y sus comarcas se andaban llegando para pelear con todo su poder y fuerzas, y dar batalla á aquellos pocos hombres forasteros, y matarlos y comérselos, como á enemigos y salteadores. Dijeron mas, que tenían concertado entre sí que si fuesen vencidos á mala dicha suya, de servir en adelante como esclavos á señores. Cortés los envió libres como á los otros, y á decir á la junta y capitanes que no se pusiesen en aquello, que era locura, y por demás pensar vencer ni matar aquellos pocos hombres que allí veían; y que si no peleaban y dejaban las armas, él les prometía tenerlos y tratarlos como á hermanos y buenos amigos; y si perseveraban en la enemiga y guerra, que él los castigaria de tal manera, que dende en adelante jamás tomasen armas para semejante gente que él y los sus españoles. Con lo que estos mensajeros dijeron allá, ó por espiar algo, vinieron luego otro día veinte personas de autoridad y principales entre los suyos, al pueblo. Tocaron la tierra con los dedos, y alzaronlos al cielo, que es la salva y reverencia que acostumbra hacer; y dijeron al capitán Cortés que el señor de aquel pueblo y otros señores vecinos y amigos suyos le enviaban á rogar que no quemase el lugar, y que le traerían mantenimientos. Cortés les dijo que no eran hombres los suyos que se enojaban con las paredes, ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa ra-

zon, ni eran allí venidos para hacer mal, sino para hacer bien; y que si su señor viniese, conocería presto cuánta verdad le decía en todo aquello, y cuán en breve él y todos los suyos sabrían grandes misterios y secretos de cosas jamás llegadas á su noticia; con que mucho se holgasen. Con esto se volvieron aquellos veinte embajadores ó espías, diciendo que tornarían con la respuesta; y así lo hicieron; porque á otro día trujeron algunas vituallas, y excusáronse que no traían mas á causa de estar la gente derramada y emboscada de temor; por las cuales no quisieron paga, sino ciertos cascabeles y otras bujerías así. Dijeron asimesmo que su señor en ninguna manera venía, porque se había ido, de miedo y vergüenza, á un lugar fuerte y lejos de allí; mas que enviaria personas de crédito y confianza con quien pudiese comunicar lo que quisiese; y que en cuanto á las cosas de comer, que él enviase enhorabuena á las buscar y comprar. Cortés holgó mucho con esta respuesta, por tener ocasion y justa causa de entrar por la tierra y saber el secreto della. Despidiólos pues, y avisólos que otro día iría con su gente por bastimentos para su ejército; por eso, que lo publicasen entre los naturales, para que tuviesen todo recaudo de comida, pues habían de ser bien pagados. Lo uno y lo otro era cautela; porque Cortés no lo hacia tanto por el comer cuanto por descubrir oro, que hasta allí había visto poco; y los indios andaban temporizando, hasta haberse juntado todos con muchas armas. Luego otro día por la mañana ordenó Cortés tres compañías, de á ochenta españoles cada una, y dióles por capitanes á Pedro de Albarado, Alonso de Avila y Gonzalo de Sandoval, y algunos indios de Cuba para servicio y carga, si hallasen maíz ó aves que traer. Enviólos por diferentes caminos, y mandó que no tomasen nada sin pagar ni por fuerza, y que no pasasen adelante de legua y media, ó cuando mucho, dos, porque con tiempo pudiesen tornarse al pueblo á dormir; y él quedóse con los otros españoles á guardar el lugar y la artillería. El un capitán de aquellos acertó á ir con su bandera á una aldea do estaban infinitos tabascanos en armas, guardando sus maizales. Rogóles que le diesen ó trocasen á cosas de rescate, de aquel maíz. Ellos dijeron que no querían; que para sí se lo habían menester. Sobre esto echaron mano á las armas los unos y los otros, y comenzaron una brava cuestión; pero como los indios eran muchos mas que los españoles, y descargaban en ellos innumerables saetas, con que malamente los herían, retrajéronlos á una casa. Allí se defendieron los nuestros muy bien, aunque con manifiesto temor y peligro de fuego. Y cierto perescieran allí todos ó los mas, si los otros caminos por do echaron las otras dos compañías, no respondieran allí á aquellas rozas y labranzas. Pero plugo á Dios que llegaron casi á una los otros dos capitanes á la misma aldea, al mayor hervor y grita que los indios tenían en combatir la casa donde estaban cercados los ochenta españoles, y con su venida dejaron los indios el combate, y arremolináronse á una parte; y así, los cercados salieron, y se juntaron con los otros españoles, y echaron hácia el lugar, escaramuzando todavía con los enemigos, que los venían flechando. Cortés iba ya con cien compañeros y con la artillería á socorrer-

los, porque dos indios de Cuba vinieron á decirle el peligro en que quedaban aquellos ochenta españoles. Topólos á una milla del pueblo, y porque aun venían los enemigos, dañando en los traseros, hizoles tirar dos falconetes, con que se quedaron y no pasaron de allí, y él se metió con todos los suyos en el pueblo. Murieron en este día algunos indios, y fueron heridos muchos españoles malamente.

La batalla de Cintla.

No se durmió aquella noche Cortés; antes hizo llevar á las naos todos los heridos y ropa y otros embarazos, y sacar los que guardaban la flota, y trece caballos; lo cual se hizo antes que amaneciese, mas no sin lo sentir los tabascanos. Cuando el sol salió, ya había oído misa, y tenía en el campo cerca de quinientos españoles, trece caballos y seis tiros de fuego. Estos caballos fueron los primeros que entraron en aquella tierra, que agora llaman Nueva-España. Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó hácia Cintla, donde el día antes fué la ríñ, creyendo que allí hallaría los indios. Ya también ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaban á entrar en camino muy en ordenanza, y venían en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon era barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y rios hondos y malos de pasar, embarazáronse los nuestros y desordenáronse; y Fernando Cortés se fué con los de caballo á buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y á encubrirse con unos árboles, y dar por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas ó lado. Los de pié siguieron su camino derecho, pasando á cada paso acequias, y escudándose, que los contrarios les tiraban; y así, entraron en unas grandes rozas labradas y de mucha agua, donde los indios, como hombres que sabían los pasos, que estaban diestros y sueltos en saltar las acequias, llegaban á flechar, y aun á tirar varas y piedras con honda. De manera que, aunque los nuestros hacían daño en ellos y mataban algunos con ballestas y escopetas y con la artillería, cuando podía jugar, no los podían desecher de sobre sí, porque tenían amparo en árboles y valladares; y si de industria los de Potonchan esperaron en aquel mal lugar, como es de creer, no eran bárbaros ni mal entendidos en guerra. Salieron pues de aquel mal paso, y entraron en otro algo mejor, porque era espacioso y llano y con menos rios, y allí aprovecharonse mas de las armas de tiro, que daban siempre en lleno, y de las espadas, que llegaban á pelear cuerpo á cuerpo. Pero como eran infinitos los indios, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en tan poco estrecho de tierra, que les fué forzado, para defenderse, pelear vueltas las espaldas unos á otros, y aun así, estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenían lugar de tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase los enemigos. Estando pues así caidos y para huir, apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió á los indios y hizoles arredrar algun tanto. Entonces los españoles, pensando que era Cortés, y con tener espacio, arremetieron á los enemigos, y mataron algunos dellos. Con esto el de caballo no pareció mas, y con su ausencia volvieron los indios sobre los es-

pañoles, y pusieronlos en el estrecho que antes. Tornó luego el de caballo, púsose cabe los nuestros, corrió á los enemigos y hizoles dar espacio. Entonces ellos, sintiendo favor de hombre á caballo, van con impeto á los indios, y matan y hieren muchos dellos; pero al mejor tiempo los dejó el caballero, y no le pudieron ver. Como los indios no vieron tampoco al de caballo, de cuyo miedo y espanto huían, pensando que era centauro, revuelven sobre los cristianos con gentil denuedo, y trátanlos peor que antes. Tornó entonces el de caballo tercera vez, y hizo huir los indios con daño y miedo, y los peones arremetieron asimesmo, hiriendo y matando. A esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros á caballo, harto de arrodar, y de pasar arroyos y montes, que no había otra por todo aquello. Dijéronle lo que habían visto hacer á uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía; y como dijo que no, porque ninguno dellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patron de España. Entonces dijo Cortés: «Adelante, compañeros; que Dios es con nosotros y el glorioso sant Pedro.» Y en diciendo esto, arremetió á mas correr con los de caballo por medio de los enemigos, y lanzólos fuera de las acequias, á parte que muy á su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar. Los indios dejaron luego el campo raso, y se metieron por los bosques y espesuras, no parando hombre con hombre. Acudieron luego los de pié, y siguieron el alcance; en el cual mataron bien mas de trecientos indios, sin otros muchos que hirieron de escopeta y de ballesta. Quedaron heridos este día mas de setenta españoles de flechas y aun de pedradas. Con el trabajo de la batalla, ó con el gran calor y excesivo que allí hace, ó por las aguas que bebieron nuestros españoles por aquellos arroyos y balsas, les dió un dolor súbito de lomos, que cayeron en tierra mas de ciento dellos; á los cuales fué menester llevar á cuestras ó arrimados; pero quiso Dios que se les quitó del todo aquella noche, y á la mañana ya estaban todos buenos. No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios, con quien habían peleado, á nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patron. Fernando Cortés mas quería que fuese sant Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que dellos fué, se tuvo á milagro, como de veras pareció; porque no solamente lo vieron los españoles, mas aun también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacia cada vez que arremetía á su escuadron, y porque les parecia que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto.

Tabasco se da por amigo de cristianos.

Cortés soltó algunos, y envió á decir con ellos al señor y á todos los otros, que le pesaba del daño hecho á entrambas partes por culpa y dureza suya dellos; que de su inocencia y comedimiento Dios le era buen testigo. Mas no obstante todo esto, él los perdonaba de su error si venían luego ó dentro de dos días á dar justo descargo y satisfacion de su malicia, y á tratar con él paz

y amistad, y los otros misterios que le quería declarar; apercibiéndolos que si dentro de aquel plazo no viniesen, de entrar por su tierra dentro, destruyéndola, quemando, talando y matando cuantos hombres topase, chicos y grandes, armados y sin armas. Despachados aquellos hombres con este mensaje, se fué con todos sus españoles al pueblo á descansar y á curar todos los heridos. Los mensajeros hicieron bien su oficio; y así, otro dia vinieron mas de cincuenta indios honrados á pedir perdón de lo pasado, licencia para enterrar los muertos y salvoconduto para venir los señores y personas principales al pueblo seguramente. Cortés les concedió lo que pedían; y les dijo que no le engañasen ni mintiesen mas, ni hiciesen otra junta, que sería para mayor mal suyo y de la tierra; y que si el señor del lugar y los otros sus amigos y vecinos no viniesen en persona, que no los oiría mas por terceros. Con tan bravo y riguroso mandamiento y profesto como este y el pasado, fueron, ó por sentirse de flacas fuerzas y de armas desiguales para pelear ni resistir aquellos pocos españoles, que tenían por invencibles, acordaron los señores y personas mas principales de ir á ver y hablar á aquella gente y á su capitán. Así que, pasado el término que llevaron, vino á Cortés el señor de aquel pueblo y otros cuatro ó cinco, sus comarcanos, con buena compañía de indios, y le trujeron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para el real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedras turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército; con las cuales pensaban hacerle gran servicio, como los veían sin mujeres, y porque cada dia es menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupan mucho tiempo las mujeres. Demandaron perdón de todo lo pasado. Rogaron que los recibiese por amigos, y entregáronse en su poder y de los españoles, ofresciéndoles la tierra, la hacienda y las personas. Cortés los recibió y trató muy bien, y les dió cosas de rescate, con que se holgaron mucho, y repartió aquellas veinte mujeres esclavas entre los españoles por camaradas. Relinchaban los caballos é yeguas que tenían atados en el patio del templo, do pasaban, á unos árboles que había. Preguntaron los indios qué decían. Respondiéronles que reñían porque no los castigaban por haber peleado. Ellos entonces dábanles rosas y gallipavos que comiesen, rogándoles que los perdonasen.

Preguntas que Cortés hizo á Tabasco.

Muchas cosas pasaron entre los nuestros y estos indios, que como no se entendían, eran mucho para reír. Y luego que conversaron y vieron que no les hacían mal, trajeron al lugar sus hijos y mujeres; que no fué así chiquito número, ni mas aseado que de gitanos. Entre lo que Fernando Cortés trató y platicó con Tabasco por lengua y medio de Jerónimo de Aguilar, fueron cinco cosas. La primera, si había minas en aquella tierra de oro ó plata, y cómo tenían y de dónde aquello poco que traían. La segunda, qué fué la causa por que á él le negaron su amistad, y no al otro capitán que vino allí el año antes con armada. La tercera, por qué razón, siendo ellos tantos, huían de tan poquitos. La cuarta,

para darles á entender la grandeza y poderío del Emperador y rey de Castilla. Y la otra fué una predicación y declaración de la fe de Cristo. Quanto á lo del oro y riquezas de la tierra, le respondió que ellos no curaban mucho de vivir ricos, sino contentos y á placer; y que por eso no sabía decir qué cosa era mina, ni buscaban oro mas de lo que se hallaban, y que aquello era poco; pero que en la tierra mas adentro, y hacia donde el sol se cubría, se hallaba mucho dello; y los de allá se daban mas á ello que no ellos. A lo del capitán pasado, dijo que como eran aquellos hombres que traía, y los navíos, los primeros que de aquel talle y forma habían aportado á su tierra, que les habló y preguntó qué querían; y como le dijeron que trocar oro, y no mas, que lo hicieran de grado; empero que agora viendo mas y mayores naos, que pensó que tornaban á le tomar lo que les quedaba, y aun tambien porque estaba afrentado de que nadie le hobiese burlado así; lo que no habían hecho á otros menores señores que él. En lo demás que tocaba á la guerra, dijo que ellos se tenían por esforzados, y para con los de cabe su tierra valientes, porque nadie les llevaba su ropa por fuerza, ni las mujeres, ni aun los hijos para sacrificar; y que así pensó de aquellos pocos extranjeros; pero que se había hallado engañado en su corazón después que se habían probado con ellos, pues ninguno pudieron matar. Y que los cegaba el resplandor de las espadas, cuyo golpe y herida era grande y mortal y sin cura; y que el estruendo y fuego de la artillería los asombraba mas que los truenos y relámpagos ni que los rayos del cielo, por el destrozo y muertes que hacia donde daba; y que los caballos les pusieron grande admiración y miedo, así con la boca, que parecía que los iba á tragar, como con la presteza que los alcanzaba, siendo ellos ligeros y corredores; y que como era animal que nunca ellos vieron, les había puesto grandísimo temor el primero que con ellos peleó, aunque no era sino uno; y como dende á poco rato eran muchos, no pudieron sufrir el espanto ni la fuerza ni furia de su correr, y pensábamos que hombre y caballo todo era uno.

Cómo los de Potonchan quebraron sus ídolos y adoraron la cruz.

Con esta relación vió Cortés que no era tierra aquella para españoles, ni le cumplía á sentar allí, no habiendo oro ni plata ni otra riqueza; y así, propuso de pasar adelante para descubrir mejor dónde era aquella tierra hacia poniente que tenía oro. Pero primero les dijo cómo el señor en cuyo nombre iban él y aquellos sus compañeros, era rey de España, emperador de cristianos, y el mayor príncipe del mundo, á quien mas reinos y provincias servían y obedescían que á otro vasallos, y cuyo mando y gobernación de justicia era de Dios, justo, santo, pacífico, suave, y á quien le pertenecía la monarquía del universo; por lo cual ellos debían darse por sus vasallos y conocidos; y que si lo hacían así, se les seguirían muchos y muy grandes provechos de leyes y policía y en costumbres. Y en cuanto á lo que tocaba á la religión, les dijo la ceguedad y vanidad grandísima que tenían en adorar muchos dioses, en hacerles sacrificios de sangre humana, en pensar que aquellas estatuas les hacían el bien ó mal que les venía, siendo mudas, sin

ánima, y hechura de sus mismas manos. Dióles á entender un Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres, que los cristianos adoraban y servían, y que todos lo debían adorar y servir. En fin, tanto les predicó, que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el Hijo del mismo Dios. Y así, con gran devoción y concurso de indios, y con muchas lágrimas de españoles, se puso una cruz en el templo mayor de Potonchan, y de rodillas la besaron y adoraron los nuestros primero, y tras ellos los indios. Despidiólos así, y fuéronse todos á comer. Rogóles Cortés que viniesen de allí á dos dias á ver la fiesta de ramos. Ellos, como hombres religiosos y que podían venir seguramente, no solo vinieron los vecinos, mas aun los comarcanos del lugar, en tanta multitud, que puso admiración de dónde tan presto se pudo juntar allí tanto millar de millares de hombres y mujeres, los cuales todos juntos dieron la obediencia y vasallaje al rey de España en manos de Fernando Cortés, y se declararon por amigos de españoles; y estos fueron los primeros vasallos que el Emperador tuvo en la Nueva-España. Luego que fué hora el domingo, mandó Cortés cortar muy muchos ramos y ponerlos en un rímero, como en mesa, mas en el campo, por la mucha gente, y decir el oficio con los mejores ornamentos que había, al cual se hallaron los indios, y estuvieron atentos á las ceremonias y pompa con que se anduvo la procesion, y se celebró la misa y fiesta; con que los indios quedaron contentos, y los nuestros se embarcaron con los ramos en las manos. No menor alabanza mereció en esto Cortés que en la victoria, porque en todo se hubo cuerda y esforzadamente. Dejó aquellos indios á su devoción, y al pueblo libre y sin daño. No tomó esclavos ni saqueó, ni tampoco rescató, aunque estuvo allí mas de veinte dias. Al pueblo llaman los vecinos Potonchan, que quiere decir lugar que hiede, y los nuestros la Vitoria. El señor se decía Tabasco, y por eso le pusieron nombre los primeros españoles al río, el río de Tabasco; y Juan de Grijalva le nombró como á sí, que no se perderá su apellido ni memoria con esto tan aína; y así habían de hacer los que descubren y pueblan, perpetuar sus nombres. Es gran pueblo, mas no tiene veinte y cinco mil casas, como algunos dicen; aunque, como cada casa está por sí como isla, parece mas de lo que es. Son las casas grandes, buenas, de cal y ladrillo ó piedra; otras hay de adobes y palos, mas la cubierta es paja ó plancha. La vivienda en alto, por la niebla y humedad del río. Por el fuego tienen apartadas las casas. Mejores edificios tienen fuera que dentro del lugar, para su recreación. Son morenos, andan casi desnudos, y comen carne humana de la sacrificada. Las armas que tienen son arco, flecha, honda, vara, lanza. Las otras con que se defienden son rodela, casco y unos como escarcelones: todo esto de palo ó corteza, y alguno de oro, pero muy delgado. Traen tambien cierta manera de corazas, que son unos listones estofados de algodón, revueltos á lo hueco del cuerpo.

Del río de Albarado, que los indios llaman Papaloapan.

Después que salió Cortés de Potonchan, entró en un

río que llaman de Albarado, por haber entrado primero que todos en él aquel capitán. Mas los que moran en sus riberas le dicen Papaloapan, y nasce en Aticpan, cerca de la sierra de Culluacan. La fuente mana al pié de unos serrejones. Tiene encima un hermoso peñol redondo, abusado, y alto cien estados, y cubierto de árboles, donde hacían los indios muchos sacrificios de sangre. Es muy honda, clara, llena de buenos peces, mucha mas de cien pasadas. Entran en este río Quiyotepec, Vivilla, Chimantlan, Cuauhcuezpaltepec, Tuztlan, Teyueiyocan, y otros menores ríos, que todos llevan oro. Caé á la mar por tres canales, uno de arena, otro de lama, otro de peña. Corre por buena tierra, tiene gentil ribera, y hace grandes esteros con sus muchas y ordinarias crecidas. Uno dellos está entre Otlatlitan y Cuauhcuezpaltepec, dos buenos pueblos. Bulle de peces aquel estero ó laguna. Hay muchos sábalo del tamaño de toñigas, muchas sierpes, que llaman en las islas iguanas, y en esta tierra cuauhcuezpaltepec. Parece lagarto de los muy pintados, tiene la cabeza chica y redonda, el cuerpo gordo, el cerro erizado con cerdas, la cola larga, delgada, y que la tuerce y arrolla como galgo; cuatro pedazuelos de á cuatro dedos, y con uñas de ave; los dientes agudos, mas no muerde, aunque hace ruido con ellos; el color es pardo, sufre mucho la hambre, pone huevos como gallina, que tienen yema y clara y cáscara; son pequeños y redondos, y buenos de comer. La carne sabe á conejo, y es mejor. Cómense en cuaresma por pescado, y en carnal por carne, diciendo ser de dos elementos, y por consiguiente, de entrambos tiempos. Es dañosa para bubosos. Salen estos animales del agua, y suben á los árboles y andan por tierra. Asombran á quien los mira, aunque los conozca: tan fiera catadura tienen. Engordan mucho fregándoles la barriga en arena, que es nuevo secreto. Hay tambien manatís, tortugas, y otros peces muy grandes que acá no noscemos; tiburones y lobos marinos, que salen á tierra á dormir y roncan muy recio. Paren las hembras cada dos lobos y críanlos con leche, ca tienen dos tetas al pecho entre los brazos. Hay perpetua enemiga entre los tiburones y lobos marinos, y pelean reciamente, el tiburón por comer y el lobo por no ser comido. Empero siempre son muchos tiburones para un lobo. Hay muchas aves pequeñas y grandes, de nueva color y talle para nosotros. Patos negros con alas blancas, que se precian mucho para pluma, y que se vende cada uno, en la tierra donde no los hay, por un esclavo. Garcetas blancas, muy estimadas para plumajes. Otras aves que llaman tequechul ó avedios, como gallos, de que hacen ricas cosas con oro; y si la obra desta pluma fuese durable, no había mas que pedir. Hay unas aves como torcazas, blancas y pardas, que parecen ánades en el pico, y que tienen un pié de pata y otro de uñas como gavilán; y así, pescan nadando y cazan volando. Andan tambien por allí muchas aves de rapina, como decir gavilanes, azores y halcones de diversas maneras, que se ceban y mantienen de las mansas. Cuervos marinos que pescan á maravilla, y unas que parecen cigüeñas en el cuello y pico, sino que lo tienen mucho mas largo y extraño. Hay muchos alcatrazes y de muchas colores, que se sustentan de peces: son como

ansarones en el tamaño, y en el pico, que será dos palmos; y no mandan el de arriba, sino el bajero. Tienen un papo desde el pico al pecho, en que meten y engullen diez libras de peces y un cántaro de agua. Tornan fácilmente lo que comen. Oí decir que se tragó uno destos pájaros un negrillo de pocos meses nacido; mas no pudo volar con él; y así, lo tomaron. Al rededor de aquella laguna se crian infinitas liebres, conejos, monillos ó gatillos de muchos tamaños; puercos, venados, leones y tigres, y un animal dicho aiotochtli, no mayor que el gato; el cual tiene rostro de anadon, pies de puerco espin ó erizo, y cola larga. Está cubierto de conchas, que se encogen como escarcelas, donde se mete como galápago, y que parecen mucho cubiertas de caballo. Tiene cubierta la cola de conchuelas, y la cabeza de una testera de lo mesmo, quedando fuera las orejas. Es, en fin, ni mas ni menos que caballo encubertado, y por eso lo llaman españoles el encubertado ó el armado, y los indios aiotochtli, que suena conejo de calabaza.

El buen recogimiento que Cortés halló en Sant Juan de Ulúa.

Embarcados que fueron, hicieron vela y navegaron al poniente lo mas junto á tierra que pudieron; tanto, que veían muy bien la gente que andaba por la costa; la cual, como es sin puertos, no hallaron donde poder surgir seguramente con navíos gruesos hasta el juéves Santo, que llegaron á Sant Juan de Ulúa, que les pareció puerto, al cual los naturales de allí llaman Chalchicoeca. Allí paró la flota y echó anclas. Apenas fueron surtos, cuando luego vinieron dos acalles, que son como las cañas, en busca del capitán de aquellos navíos; y como vieron las banderas y estandarte de la nao capitana, siguieron á ella. Preguntaron por el capitán, y como les fué mostrado, hicieron su reverencia, y dijeron que Teudilli, gobernador de aquella provincia, enviaba á saber qué gente y de dónde era aquella, á qué venía, qué buscaba, si quería parar allí ó pasar adelante. Cortés, aunque Aguilar no los entendió bien, les hizo entrar en la nao, agradeciéndoles su trabajo y venida, dióles colación con vino y conservas, y díjoles que luego al otro día saldría á tierra á ver y hablar al Gobernador; al cual rogaba no se alborotase de su salida, que ningún daño haría con ella, sino mucho provecho y placer. Aquellos hombres tomaron ciertas cosas de rescate, comieron y bebieron con tiento, sospechando mal, aunque les supo bien el vino; y por eso pidieron dello y de las conservas para el Gobernador; y con tanto, se volvieron. Otro día, que fué viérnes Santo, saltó Cortés en tierra con los bateles llenos de españoles, y luego hizo sacar la artillería y caballos, y poco á poco toda la gente de guerra y de servicio, que eran hasta docientos hombres de Cuba. Tomó el mejor sitio que les pareció entre aquellos arenales de la marina; y así, asentó real y se hizo fuerte; y los de Cuba, como hay por allí muchos árboles, hicieron de presto las chozas que menester fueron para todos, de rama. Luego vinieron muchos indios de un lugarejo allí cerca y de otros, al real de los españoles, á ver lo que nunca vieron, y traían oro para trocar por semejantes cosas que habían llevado los de los acalles, y mucho pan y viandas guisadas á su modo

con allí, para dar ó vender á los nuestros; por lo cual les dieron los españoles contezuelas de vidrio, espejos, tijeras, cuchillos, alfileres y otras cosas tales; con que no poco alegres, se tornaron á sus casas y las mostraron á sus vecinos. Fué tanto el gozo y contento que todos aquellos simples hombres tomaron con aquellas cosas que de rescate llevaron y vieron, que también volvieron luego al otro día, ellos y otros muchos, cargados de joyas de oro, de gallipavos, de pan, de fruta, de comida guisada, que bastescieron el ejército español; y llevaron por todo ello no muchos sartaes ni agujas ni cintas; pero quedaron con ello tan pagados y ricos, que no se veían de placer y regocijo, y aun creían que habían engañado á los forasteros pensando que era el vidrio piedras finas. Visto por Cortés la mucha cantidad de oro que aquella gente traía y trocaba tan bobamente por dijes y niñerías, mandó pregonar en el real que ninguno tomase oro, so graves penas, sino que todos hiciesen que no lo conocían ó que no lo querían, porque no pareciese que era codicia, ni su intención vendida á solo aquello encaminada; y así, disimulaba para ver qué cosa era aquella gran muestra de oro, y si lo hacían aquellos indios por probar si lo habían por ello. El domingo de Pascua luego por la mañana vino al real Teudilli, ó Quintalvor, como dicen algunos, de Cotosa, ocho leguas de allí, donde residía. Trajo consigo bien mas de cuatro mil hombres sin armas, empero los mas bien vestidos, y algunos con ropas de algodón, ricas á su costumbre; los otros casi desnudos, y cargados de cosas de comer, que fué una abundancia grande y extraña. Hizo su acatamiento al capitán Cortés, como ellos usan, quemando incienso y pajueltas tocadas en sangre de su mismo cuerpo. Presentóle aquellas vituallas, dióle ciertas joyas de oro, ricas y bien labradas, y otras cosas hechas de pluma, que no eran de menor artificio y extrañeza. Cortés lo abrazó y recibió muy alegremente; y saludando á los demás, le dió un sayo de seda, una medalla y collar de vidrio, muchos sartaes, espejos, tijeras, aguejetas, ceñideros, camisas y tocadores, y otras quinquierías de cuero, lana y fierro, que son entre nosotros de muy poco valor, pero estimando aquellos en mucho.

Lo que habló Cortés á Teudilli, criado de Moteczuma.

Todo esto se habia hecho sin lengua, porque Jerónimo de Aguilar no entendía á estos indios, que eran de otro muy diverso lenguaje que no el que él sabía; de lo cual Cortés estaba con cuidado y pena, por faltarle faraute para entenderse con aquel gobernador y saber las cosas de aquella tierra; pero luego salió della, porque una de aquellas veinte mujeres que le dieron en Potonchan hablaba con los de aquel gobernador y los entendía muy bien, como á hombres de su propia lengua; así que Cortés la tomó aparte con Aguilar, y le prometió mas que libertad si le trataba verdad entre él y aquellos de su tierra, pues los entendía, y él la quería tener por su faraute y secretaria; y allende desto, le preguntó quién era y de dónde. Marina, que así se llamaba después de cristiana, dijo que era de hácia Xalisco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, y parientes del señor de aquella tierra; y que siendo mochacha la

habian hurtado ciertos mercaderes en tiempo de guerra, y traído á vender á la feria de Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Cozacualco, no muy aparte de Tabasco; y de allí era venida á poder del señor de Potonchan. Esta Marina y sus compañeras fueron los primeros cristianos bautizados de toda la Nueva-España, y ella sola, con Aguilar, el verdadero intérprete entre los nuestros y los de aquella tierra. Certificado Cortés que tenía cierto y leal faraute en aquella esclava con Aguilar, oyó misa en el campo, puso cabe sí á Teudilli, y después comieron juntos; y en comiendo quedaronse entrambos en su tienda con las lenguas y otros muchos españoles é indios; y díjoles Cortés cómo era vasallo de don Carlos de Austria, emperador de cristianos, rey de España y señor de la mayor parte del mundo, á quien muchos y muy grandes reyes y señores servían y obedescían, y los demás príncipes holgaban de ser sus amigos, por su bondad y poderío; el cual, teniendo noticia de aquella tierra y del señor della, lo enviaba allí para visitarle de su parte, y decirle algunas cosas en secreto, que traía por escrito, y que holgaría de saber; por eso que lo hiciese saber luego á su señor, para ver dónde mandaba oír la embajada. Respondió Teudilli que holgaba mucho de oír la grandeza y bondad del señor Emperador; pero que le hacia saber cómo su señor Moteczuma no era menor rey ni menos bueno; antes se maravillaba que hobiese otro tan gran príncipe en el mundo; y que pues así era, él se lo haría saber para entender qué mandaba hacer del embajador y su embajada; ca él confiaba en la clemencia de su señor, que no solo se holgaría con aquellas nuevas, mas que aun haría mercedes al que las traía. Tras esta plática hizo Cortés que los españoles saliesen con sus armas en ordenanza al paso y son del pifaro y atambor y escaramuzasen, y que los de caballo corriesen, y se tirase la artillería; y todo á fin que aquel gobernador lo dijese á su rey. Los indios contemplaron mucho el traje, gesto y barbas de los españoles. Maravillábanse de ver comer y correr á los caballos. Temían del resplandor de las espadas. Caíanse en el suelo del golpe y estruendo que hacía la artillería, y pensaban que se hundía el cielo á truenos y rayos; y de las naos decían que venía el dios Quezalcoatl con sus templos á cuestras; que era dios del aire, que se habia ido, y le esperaban. Hecho que fué todo esto, Teudilli despachó á Méjico á Moteczuma con lo que habia visto y oído, é pidiéndole oro para dar al capitán de aquella nueva gente, y era porque Cortés le preguntó si Moteczuma tenía oro. E como respondió que sí, «envíeme, dice, dello; ca tenemos yo y mis compañeros mal de corazón, enfermidad que sana con ello.» Estas mensajerías fueron en un día y una noche del real de Cortés á Méjico, que hay setenta leguas y mas de camino, y llevaron pintada la hechura de los caballos y del caballo y hombre encima, la manera de las armas, qué y cuántos eran los tiros de fuego, y qué número habia de hombres barbudos. De los navíos ya avisó así como los vió, diciendo qué tantos, y qué tan grandes eran. Todo esto hizo Teudilli pintar al natural en algodón tejido para que Moteczuma lo viese. Llegó tan presto esta mensajería tan léjos, porque estaban puestos de trecho á trecho hombres, como postas de caballo, que

de mano en mano daba uno á otro el lienzo y el recado, y así volaba el aviso. Mas se corre así que por la posta de caballos, y es mas antigua costumbre que la de los caballos. También envió este gobernador á Moteczuma los vestidos y muchas de las otras cosas que Cortés le dió, las cuales se hallaron después en su recámara.

El presente y respuesta que Moteczuma envió á Cortés.

Despachados que fueron los mensajeros y prometida la respuesta dentro de pocos días, se despidió Teudilli, y á dos ó tres tiros de ballesta del real de nuestros españoles hizo hacer mas de mil chozas de rama. Dejó allí dos hombres principales, como capitanes, con hasta dos mil personas, entre mujeres y hombres, de servicio; y fuése á Cotasta, lugar de su residencia y morada. Aquellos dos capitanes tenían cargo de proveer los españoles. Las mujeres amasaban y molían pan de centli, que es maíz. Guisaban frísoles, carne, pescado y otras cosas de comer. Los hombres traían la comida al real, y ni mas ni menos la leña y agua que era menester, y cuanto yerba podían comer los caballos, de la cual por toda aquella tierra están llenos los campos á todo tiempo del año. Y estos indios iban la tierra adentro á los pueblos vecinos y traían tantos bastimentos para todos, que era cosa de ver. Así pasaron siete y ocho dias con muchas visitas de indios, y esperando al Gobernador, y la respuesta de aquel tan gran señor como todos decían; el cual luego vino con un muy gentil presente y rico, que era de muchas mantas y ropetas de algodón blancas y de color y labradas, como ellos usan; muchos penachos y otras lindas plumas, y algunas cosas hechas de oro y pluma, rica y primamente obradas; cantidad de joyas y piezas de plata y oro, y dos ruedas delgadas, una de plata, que pesaba cincuenta y dos marcos, con la figura de la luna, y otra de oro, que pesaba cien marcos, hecha como sol, y con muchos follajes y animales de relieve; obra primísima. Tienen en aquella tierra á estas dos cosas por dioses, y danles el color de los metales que les semejan. Cada una dellas tenia hasta diez palmos de ancho y treinta de ruedo. Podía valer este presente veinte mil ducados ó pocos mas; el cual presente tenían para dar á Grijalva si no se fuera, segun decían los indios. Díjole por respuesta que Moteczumacín, su señor, holgaba mucho de saber y ser amigo de tan poderoso príncipe como le decían que era el rey de España, y que en su tiempo aportasen á su tierra gentes nuevas, buenas, extrañas y nunca vistas, para hacerles todo placer y honra. Por tanto, que viese lo que habia menester, el tiempo que allí pensaba estar, para sí y para su enfermedad, y para su gente y navíos; que lo mandaría proveer todo muy cumplidamente; y aun si en su tierra habia alguna cosa que le agradase para llevar á aquel su gran emperador de cristianos, que se le daría muy de buena voluntad; y que en cuanto á que se viesen y hablasen, que lo hallaba por imposible, á causa que como él estaba doliente, no podia venir á la mar, y que pensar de ir adonde él estaba era muy difícil y trabajosísimo, así por las muchas y ásperas sierras que habia en el camino, como por los des poblados grandes y estériles que tenia de pasar, donde forzado le era padecer hambre, sed y otras necesidades des-

tas. Y allende desto, mucha parte de la tierra por do habia de pasar era de enemigos suyos, gente cruel y mala, que lo matarian sabiendo que iba como su amigo. Todos estos inconvenientes ó excusas le ponía Moteczuma y su gobernador á Cortés para que no fuese adelante con su gente, pensando engañarle así y estorballe el viaje, y espantalle con tales y tantas dificultades y peligros, ó esperando algún mal tiempo para la flota, que le constriñese á irse de allí. Pero cuanto mas le contradecian, mas gana le ponían de ver á Moteczuma, que tan gran rey era en aquella tierra, y descubrir por entero la riqueza que imaginaba; y así como rescibió el presente y respuesta, dió á Teudilli un vestido entero de su persona y otras muchas cosas de las mejores que llevaba para rescatar, que enviase al señor Moteczuma, de cuya liberalidad y magnificencia tan grandes loores le decia. Y dijole que aun por solamente ver un tan bueno y poderoso rey era justo ir á do estaba, cuanto mas que le era forzado por hacer la embajada que llevaba del emperador de cristianos, que era el mayor rey del mundo. Y si no iba, no hacia bien su oficio ni lo que era obligado á ley de bondad y caballería, é incurriría en desgracia y odio de su rey y señor. Por tanto, que le rogaba mucho avisase de nuevo esta determinacion que tenia, porque supiese Moteczuma que no la mudaría por aquellos inconvenientes que le ponían, ni por otros muy mayores que le pudiesen recrescer. Que quien venia por agua dos mil leguas, bien podía ir por tierra setenta. Importunábale con esto, que enviase luego, para que volviesen presto los mensajeros, pues veía que tenia mucha gente de mantener, y poco que dalle á comer, y los navios á peligro, y el tiempo se pasaba en palabras. Teudilli decia que ya despachaba cada día á Moteczuma con lo que se ofrescía, y que entre tanto no se congojase, sino que holgase y hubiese placer; que no tardaría el despacho y resolucion á venir de Méjico, bien que estaba léjos. Y que del comer no tuviese cuidado, que allí le proveerían abundantísimamente; y con esto le rogó mucho que, pues estaba mal aposentado en el campo y arenales, se fuese con él á unos lugares seis ó siete leguas de allí. Y como Cortés no quiso ir, fuése él, y estuvo allá diez dias esperando lo que Moteczuma mandaba.

De cómo supo Cortés que habia bandos en aquella tierra.

En este comedio andaban ciertos hombres en un cercillo ó médano de arena, de los cuales hay allí al rededor muchos; y como no se juntaban ni hablaban con los que estaban sirviendo los españoles, preguntó Cortés qué gente era aquella, que se extrañaba de llegar donde él y ellos estaban. Aquellos dos capitanes le dijeron que eran algunos labradores que se paraban á mirar. No satisfecho de la respuesta, sospechó Cortés que le mentaban, é le pareció que traían gana de llegar á los españoles, y que no osaban por aquellos del Gobernador, y era ello así; que como toda la costa y aun la tierra dentro hasta Méjico estaba llena de las nuevas y extrañezas y cosas que los nuestros habian hecho en Pontonchan, todos deseaban verlos y hablalles; mas no se atrevían, por miedo de los de Culúa, que son los de Moteczuma. Así que envió á ellos cinco españoles que, ha-

ciendo señas de paz, los llamasen, ó por fuerza tomasen alguno y se le trajesen al real. Aquellos hombres, que serian cerca de veinte, holgaron de ver ir para ellos á los cinco extranjeros; y ganosos de mirar tan nueva y extraña gente y navios, se vinieron al ejército y á la tienda del capitan muy de grado. Eran estos indios muy diferentes de cuantos hasta allí habian visto; porque eran mas altos de cuerpo que los otros, y porque traían las ternillas de entre las narices tan abiertas, que casi llegaban á la boca, donde colgaban unas sortijas de azabache ó ámbar cuajado ó de otra cosa así preciada. Traían asimismo horadados los labrios bajos, y en los agujeros unos sortijones de oro con muchas turquesas no finas; mas pesaban tanto, que derribaban los bezos sobre las barbillas y dejaban los dientes de fuera; lo cual, aunque ellos lo hacían por gentileza y bien parecer, los afeaba mucho en ojos de nuestros españoles, que nunca habian visto semejante fealdad, aunque los de Moteczuma también traían agujerados los bezos y las orejas, pero de chicos agujeros y con pequeñas rodezuelas. Algunos no tenían hendidas las narices, sino con grandes agujeros; mas empero todos tenían hechos tan grandes agujeros en las orejas, que podía muy bien caber por ellos cualquiera dedo de la mano, y de allí prendían cercillos de oro y piedras. Esta fealdad y diferencia de rostro puso admiracion á los nuestros. Cortés les hizo hablar con Marina, y ellos dijeron que eran de Cempoallan, una ciudad léjos de allí casi un sol: así cuentan ellos sus jornadas. Y que el término de su tierra estaba á medio camino en un gran rio que parte mojonos con tierras del señor Moteczumacin; y que su cacique los habia enviado á ver qué gente ó dioses venían en aquellos teucallis, que es como decir templos; y que no habian osado venir antes ni solos, no sabiendo á qué gente iban. Cortés les hizo buena cara y trató halagüeñamente, porque le parecieron bestiales, mostrando que se habia holgado mucho en verlos, y en oírles la buena voluntad de su señor. Dióles algunas cosillas de rescate que llevasen, y mostróles las armas y caballos; cosa que nunca ellos vieron ni oyeron; y así, se andaban por el real hechos bobos mirando unas y otras cosas; y en todo esto no se trataban ni comunicaban ellos ni los otros indios. Y preguntada la india que servía de faraute, dijo á Cortés que no solamente eran de lenguaje diferente, mas que también eran de otro señor, no sujeto á Moteczuma sino en cierta manera y por fuerza. Mucho le plugo á Cortés con tal nueva, que ya él barruntaba por las pláticas de Teudilli que Moteczuma tenia por allí guerra y contrarios; y así, apartó luego en su tienda tres ó cuatro de aquellos que mas entendidos ó principales le parecían, y preguntóles con Marina por los señores que habia por aquella tierra. Ellos respondieron que toda era del gran señor Moteczuma, aunque en cada provincia ó ciudad habia señor por sí, pero que todos ellos le pechaban y servían como vasallos y aun como esclavos; mas que muchos dellos, de poco tiempo á esta parte, le reconocían por fuerza de armas, y daban parias y tributo, que antes no solían, como era el suyo de Cempoallan y otros sus comarcanos; los cuales siempre andaban en guerras con él por librarse de su tiranía; pero

no podían, que eran sus huestes grandes y de muy esforzada gente. Cortés, muy alegre de hallar en aquella tierra unos señores enemigos de otros y con guerra, para poder efetuar mejor su propósito y pensamientos, les agradeció la noticia que le daban del estado y ser de la tierra. Ofrecióles su amistad y ayuda, rogóles que viniesen muchas veces á su ejército, y despidiólos con muchas encomiendas y dones para su señor, y que presto le iría á ver y servir.

Cómo entró Cortés á ver la tierra con cuatrocientos compañeros.

Volvió Teudilli á cabo de diez dias, y trujo mucha ropa de algodón, y ciertas cosas de pluma bien hechas, en cambio de lo que enviara á Méjico, y dijo que se fuese Cortés con su armada, porque era excusado por entonces verse con Moteczuma, y que mirase qué era lo que quería de la tierra, y que se le daría; y que siempre que por allí pasase harían lo mismo. Cortés le dijo que no haría tal, y que no se iría sin hablar á Moteczuma. El Gobernador replicó que no porfiase mas en ello, y con tanto se despidió; y luego aquella noche se fué con todos sus indios é indias que servían y proveían el real; y cuando amaneció estaban las chozas vacías. Cortés se receló de aquello, y se apercebó á batalla; mas como no vino gente, atendió á proveer de puerto para sus naos, y á buscar buen asiento para poblar; ca su intento era permanecer allí y conquistar aquella tierra, pues habia visto grandes muestras y señales de oro y plata y otras riquezas en ella; mas no halló aparejo ninguno en una gran legua á la redonda, por ser todo aquello arenales, que con el tiempo se mudan á una parte y á otra, y tierra anegadiza y húmeda, y por consiguiente de mala vivienda. Por lo cual despachó á Francisco de Montejo en dos bergantines, con cincuenta compañeros y con Anton de Alaminos, piloto, á que siguiese la costa, hasta topar con algun razonable puerto y buen sitio de poblar. Montejo corrió la costa sin hallar puerto hasta Pánuco, si no fué el abrigo de un peñol que estaba salido en mar. Volvióse al cabo de tres semanas, que gastó en aquel poco camino, huyendo de tan mala mar como habia navegado; porque dió en unas corrientes tan temibles, que, yendo á vela y á remo, tornaban atrás los bergantines; pero dijo cómo le salían los de la costa, y se sacaban sangre, y se la ofrecían en pajuelas por amistad ó deidad; cosa amigable. Harto le pesó á Cortés la poca relacion de Montejo; pero todavía propuso de ir al abrigo que decia, por estar cerca dél dos buenos rios para agua y trato, y grandes montes para leña y madera, muchas piedras para edificar, y muchos pastos y tierra llana para labranzas. Aunque no era bastante puerto para poner en ella contratacion y escala de las naves, si poblaban, por estar muy descubierta y travesía del norte, que es el viento que por allí mas corre y daña. De manera pues que como se fueron Teudilli y los otros de Moteczuma, dejándolo en blanco, no quiso que, ó le faltasen vituallas allí, ó diese las naos al través; y así, hizo meter en los navios toda su ropa, y él, con hasta cuatrocientos y con todos los caballos, siguió por donde iban y venían aquellos que le proveían; y á tres leguas que anduvo, llegó á un muy hermoso rio, aunque no muy hondo, porque se pudo

vadear á pié. Halló luego, en pasando el rio, una aldea despoblada, que la gente con miedo de su ida habia echado á huir. Entró en una casa grande, que debia ser del señor, hecha de adobes y maderos, los suelos sacados á mano mas de un estado encima de la tierra, los tejados cubiertos de paja, mas de hermosa y extraña manera; por debajo tenia muchas y grandes piezas, unas llenas de cántaros de miel, de centli, frisoles y otras semillas, que comen, y guardan para provision de todo el año; y otras llenas de ropa de algodón y plumajes, con oro y plata en ellos. Mucho desto se halló en las otras casas, que también eran casi de aquella mesma hechura. Cortés mandó con público pregon que nadie tocase cosa ninguna de aquellas, so pena de muerte, excepto á los bastimentos, por cobrar buena fama y gracia con los de la tierra. Había en aquella aldea un templo, que parecia casa en los aposentos, y tenia una torrecilla maciza con una como capilla en lo alto, adonde subían por veinte gradas, y donde estaban algunos ídolos de bulto. Halláronse allí muchos papeles, del que ellos usan, ensangrentados, y mucha otra sangre de hombres sacrificados, á lo que Marina dijo, y también se hallaron el tajon sobre que ponían los del sacrificio, y los navajones de pedernal con que los abrían por los pechos, y les sacaban los corazones en vida, y los arrojaban al cielo como en ofrenda. Con cuya sangre untaban los ídolos y papeles que ofrecían y quemaban. Grandísima compasion y aun espanto puso aquella vista á nuestros españoles. Deste lugarejo fué á otros tres ó cuatro, que ninguno pasaba de docientas casas, y todos los halló desiertos, aunque poblados de bastimentos y sangre como el primero. Tornóse de allí, porque no hacia fruto ninguno, y porque era tiempo de descargar los navios y de enviarlos por mas gente, y porque deseaba asentar ya: detúvose en esto obra de diez dias.

Cómo dejó Cortés el cargo que llevaba.

Como Cortés fué vuelto adonde los navios estaban con los demás españoles, hablóles á todos juntos, diciendo que ya veían cuánta merced Dios les habia hecho en guiarlos y traerlos sanos y con bien á una tierra tan buena y tan rica, segun las muestras y apariencias habian visto en así breve espacio de tiempo, y cuán abundosa de comida, poblada de gente, mas vestida, mas polida y de razon, y que mejores edificios y labranzas tenían de cuantas hasta entonces se habian visto ni descubiertas en Indias; y que era de creer ser mucho mas lo que no veían que lo que parecia, por tanto que debían dar muchas gracias á Dios y poblar allí, y entrar la tierra adentro á gozar la gracia y mercedes del Señor; y que para lo poder mejor hacer, le parecia asentar al presente allí, ó en el mejor sitio y puerto que hallar pudiesen, y hacerse muy bien fuertes con cerca y fortaleza para defenderse de aquellas gentes de la tierra, que no holgaban mucho con su venida y estada; y aun también para desde allí poder con mas facilidad tener amistad y contratacion con algunos indios y pueblos comarcanos, como era Cempoallan y otros que habia contrarios y enemigos de la gente de Moteczuma, y que asentando y poblando, podían descargar